



**Perla Ramírez Magadán**

Universidad Autónoma de Zacatecas

perla.ramirez@uaz.edu.mx

## **Silencio y maternidad. Análisis de los estereotipos maternos en los cuentos *La maldición de Eva (tragedia en siete actos)* y *Cuando Dios llamó a mi puerta* de Liliana Blum**

### **Silence and Motherhood. Analysis of Maternal Stereotypes in the Stories *La maldición de Eva (tragedia en siete actos)* and *Cuando Dios llamó a mi puerta* by Liliana Blum**

#### **Resumen**

La idealización de la maternidad ha llevado a la reducción de este complejo papel a estereotipos y roles de género restrictivos. Tanto el discurso social como el religioso han difundido la idea del instinto materno, creando expectativas y simbolismos acerca del *rol* que la mujer debe desempeñar como madre. Este imperativo biológico ha justificado la escasa o nula implicación del padre en la crianza, delegando en la madre toda la responsabilidad del cuidado de los hijos, ignorando el proceso subjetivo que cada mujer experimenta al convertirse en madre y silenciando sus necesidades y voz por medio de este mandato. La escritora mexicana Liliana Blum –Durango, 1974– se ha destacado por su capacidad de dar voz y rostro a lo que se considera monstruoso o tabú. El presente trabajo se propone analizar los cuentos *La maldición de Eva (tragedia en siete actos)* y *Cuando dios llamó a mi puerta* y cómo la autora expone las presiones, estereotipos y violencias que enfrentan las madres en diferentes contextos de la esfera familiar y social al momento de parir o de perder un hijo.

#### **Palabras claves**

*Maternidad; silencio; violencia; estereotipo materno; instinto materno.*

## Abstract

The idealization of motherhood has led to the reduction of this complex role to stereotypes and restrictive gender roles. Both social and religious discourse have spread the idea of the maternal instinct, creating expectations and symbolism about the role that women should play as mothers. This biological imperative has justified the little or no involvement of fathers in upbringing, delegating all responsibility for childcare to mothers, ignoring the subjective process that each woman experiences when becoming a mother and silencing her needs and voice through this mandate. Mexican writer Liliana Blum –Durango, 1974– has stood out for her ability to give voice and face to what is considered monstrous or taboo. Motherhood was one of the first themes she explored in her narrative. The present work intends to analyze how the author exposes the pressures, stereotypes, and violence that mothers face in different contexts of the family and social sphere at the moment of giving birth or losing a child in the stories *La maldición de Eva (tragedia en siete actos)* and *Cuando Dios llamó a mi puerta*.

## Keywords

*Maternity; silence; violence; maternal stereotype; maternal instinct.*

## Introducción

En México, un país fuertemente influenciado por el catolicismo, la maternidad ha sido utilizada como justificación para perpetuar roles de género tradicionales y expectativas sociales en torno al matrimonio y la familia. Pese a todo, la ficción cinematográfica, la literatura y el género del ensayo se han convertido en el espacio de libertad que las mujeres han tenido para explorar los complejos matices de la maternidad.

En ensayos colectivos como *Tsunami* (2019) y *Mucha madre* (2021), y en obras individuales como *Contra los hijos* (2014) de Lina Meruane, o *Línea Negra* (2020) de Jazmina Barrera, por mencionar algunas obras de reciente creación, distintas mujeres hablan de la maternidad como proceso y no como punto de llegada. En cine, más recientemente la directora Michelle Garza Cervera con su ópera prima *Huesera* (2022), reflexiona sobre el tema por medio del horror fantástico. No obstante, la literatura sigue siendo el vehículo por antonomasia para que las mujeres expongan y cuestionen los estereotipos y expectativas sociales que

rodean a la maternidad. La escritora mexicana Liliana Blum se ha caracterizado por tratar en su narrativa de forma cruda y realista temas incómodos como la pedofilia, la violencia de género, la gordura mórbida y la maternidad, siendo este último tema un motivo recurrente en su narrativa.

El presente trabajo tiene como objetivo analizar las tensiones y discursos que surgen en el momento del parto y en el de la muerte de un hijo, y cómo estos dos hitos ponen en juego los preceptos sociales en torno a la idea de buena o mala madre. El análisis partirá de los cuentos *La maldición de Eva (tragedia en siete actos)* (2006) y *Cuando Dios tocó a mi puerta* (2007), de la escritora mexicana Liliana Blum.

En su primer libro de cuentos *La maldición de Eva* (2003), del que se desprende el cuento homónimo, Blum emplea como recurso la maldición bíblica del Génesis (vers. 3:16): “Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces, con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”, donde se augura que las mujeres sufrirán intensamente durante el parto, anhelarán a sus maridos y estarán sometidas a su dominio.

A través de esta historia visibiliza las presiones y violencias que las madres enfrentan en diversos contextos, tanto en el ámbito familiar como en el social al momento de parir, ofreciendo una mirada crítica y cruda al respecto. Blum retoma el eco del castigo bíblico y lo presenta en la cotidianidad de la sala de expulsión de un hospital en México. Por medio de un narrador omnisciente convoca al lector para que presencie el momento del parto de una chica de veinte años. La escena ilustra la idiosincrasia de una sociedad machista mediante los comentarios de enfermeras, médicos y familiares: “La última vez que abriste las piernas no te estabas quejando”, “el nacimiento de un hijo debe ser la ocasión especial y feliz en la vida de toda mujer que se precie de serlo” (Blum, *Maldición* 48, 51).

La autora levanta el telón y nos presenta a esta Eva del siglo XXI mediante dos historias que se tejen de forma paralela, una transcurre en tiempo real, el proceso del parto, la otra, emplea el tiempo futuro y a manera de maldición se



manifiesta a través de una voz que surge entre ensoñaciones y desmayos de la chica mostrándole el futuro nada alentador que le espera como madre.

El cuento *La maldición de Eva* deposita por medio de siete momentos los siete pecados capitales mediante las acciones de los presentes y su prospectiva a futuro, estos se dejan entre ver entre el recuerdo de lo sucedido, el presente en la sala de expulsión y el futuro que le augura la voz sentenciosa.

La lujuria se encuentra retratada cuando la protagonista recuerda el momento en el que quedó embarazada, directamente de este recuerdo la ira se apodera de ella al romper fuentes y comenzar con las primeras contracciones que la llevan al hospital donde se percata de la ausencia de su marido, primer culpable de que ella esté en la sala de hospital, esta emoción es interrumpida por el corte del bisturí y su posterior desmayo que es cuando aparece la imagen distópica de su destino fatal como madre. A partir de ese momento la historia va a jugar con tres tiempos, pasado, presente y futuro.

La gula está presente cuando recuerda cómo hizo caso a los lugares comunes como: “las mujeres deben comer por dos” y demás ideas que la han llevado a perder su figura. La pereza se manifiesta en la actitud indiferente que se augura tendrá su marido ante los llantos del bebé. La envidia surge cuando se le presenta la imagen de otras mujeres que han podido alcanzar el éxito profesional, que pueden salir de fiesta y que no han perdido su figura debido a un embarazo precoz. La soberbia aparece encarnada en la suegra quien abrumba con órdenes a la nueva madre diciéndole cómo debe amamantar a su bebé. Finalmente, la avaricia se hace presente cuando la protagonista contempla a su bebé y toma consciencia de que nada es más importante en ese momento.

En la primera historia, la que ocurre en la sala de hospital, están congregados médicos, enfermeras, la madre de la chica, la suegra y más tarde llega el esposo. Por medio de los comentarios que hacen estas dos mujeres se expone el sistema de creencias que rodean su maternidad, mientras la mamá le dice: “Ay hija, tú siempre buscándole chichis a las culebras y mangas a los chalecos. Ya eres una

mujer casada y tener hijos es tu destino. Mientras más joven empieces mejor. Siempre el primero es difícil. Después ya todo es sencillo, de verdad. Aguántate como las mujeres” (Blum, *Maldición* 48). Después de un largo parto, la chica se da cuenta que su marido no está, a lo que la suegra se apresura a decir: “Joaquincito se fue a dormir a la casa. Estaba rendido después de tantas horas que duró el parto, el pobrecillo. Le preparé de comer y lo dejé dormido” (52).

En la sala se retratan tres madres, dos de ellas perpetuando el castigo bíblico, la madre de la chica apelando al heroísmo femenino de librar la batalla del parto y de cómo la mujer entre más dolor resista y más hijos tenga, cumple mejor la encomienda por la que está en el mundo, a la par de una suegra que termina por rematar el castigo bíblico que es, en simples y llanas palabras, cargarás con un macho.

Por otro lado, está la prospectiva a futuro que –entre contracciones, desmayos y lapsos de desconexión sufridos por la protagonista– surge de a poco por medio de una voz que emplea el tiempo futuro a manera de maldición. Esta voz le augura la pérdida de la individualidad, un cuerpo lleno de estrías, senos laxos, un segundo embarazo sin haberse siquiera dado cuenta, un esposo ausente e infiel que sin ningún empacho justifica sus acciones atribuyéndolas al descuido físico de la mujer.

Por medio de esta historia tan universal y a la vez tan particular, Blum retrata las dinámicas sociales y familiares que promueven y refuerzan una retórica de violencia hacia la figura de la madre y expone las creencias y mandatos que se perpetúan de generación en generación sobre lo que debe ser el ejercicio de la maternidad. Pese a todo, la autora finaliza la historia con la imagen de una joven madre sosteniendo a su bebé recién nacido, quedando toda esta maldición bíblica suspendida hasta un futuro que para todos es incierto.

“¿En qué momento la maternidad dejó de ser una función biológica para convertirse en un “concepto”, tan complejo como ambivalente?”, pregunta Ethel Kolteniuk en *Atrapados en la madre* y ella misma responde haciendo un breve pero sustancioso recorrido histórico explicando cómo el proyecto de modernidad ha



dictado las coordenadas para establecer una definición de maternidad y en cómo se ha instaurado el rol de la figura de la madre en la sociedad, siendo aderezado por los recursos de la psicología del siglo XIX y principios del XX (Kolteniuk 11).

En lo tocante al aspecto religioso, en su artículo *Maternidad historia y cultura*, Cristina Palomar Vereza explica cómo la religión católica en el siglo XII conforma el término *Maternitas* junto con el de *paternitas* empleado para expandir el culto mariano, buscando envolver de una dimensión espiritual la maternidad y despreciando la maternidad carnal de Eva (Palomar 40), y expone cómo más tarde, esta idea pendulante de la buena y mala madre, a partir de la cual pone sus cimientos la iglesia católica, tiene su punto de despegue en la ilustración, “...época en la que se formula un modelo terrenal de la ‘buena madre’ que responde directamente al grado que la mujer tiene de sumisión al padre y la cual es únicamente valorizada por la crianza de los hijos. Esta glorificación del amor materno se desarrolla durante todo el siglo XIX, llegando hasta los años sesenta del siglo XX” (41).

Concebir a la mujer como la principal responsable del cuidado de los hijos es una idea que se ha extendido durante mucho tiempo en la sociedad, y ha llevado a que la maternidad se asocie con la esfera de lo privado. Esto significa que se espera que las mujeres se ocupen del cuidado de los hijos, del hogar y de la vida doméstica en general, mientras que los hombres se dedican a trabajar fuera de casa y a ocupar posiciones de poder en la esfera pública.

Blum ahora retoma esta problemática y en su cuento *Cuando Dios tocó a mi puerta* que se desprende de su libro *Vidas de catálogo* (2007) relata la experiencia de una joven pareja y la pérdida de su hijo. En esta ocasión emplea un narrador en primera persona dándole directamente voz a la protagonista paradójicamente desde el silencio. La voz que escuchamos proviene de la mente del personaje principal, y desde estas páginas logramos escucharla, pues ella hace mucho tiempo ha sido condenada al más crudo silencio.

Al inicio de la historia, la protagonista reflexiona acerca del ciclo de la vida, de cómo generalmente se espera que los padres sean los que mueren primero, antes



que los hijos, y cómo se cree que los gatos tienen múltiples vidas. Abre el telón de este relato con la imagen de un gato acechando un nido de pájaros. Éste de un zarpazo destruye el nido, acto tras el cuál los polluelos y el gato quedan muertos. Mientras que la madre de los pájaros vuela para salvarse, evidenciando cómo el instinto de supervivencia prevalece sobre el esperado instinto materno.

“El silencio me grita” (Blum, *Cuando Dios* 53), dice la protagonista, quien no soporta estar un minuto más en casa después del fatídico evento, y al estar en la universidad esperando a su esposo presencia la escena que termina por producirle vómitos. La historia cuenta la vida de un matrimonio joven que aparentemente tiene todo para ser feliz, ella es una chica joven que recién se casa, queda embarazada; él un investigador universitario. La pareja se muda Houston para que él concluya su *PhD*. Todo parece ir de maravilla, sin embargo, para la protagonista no es así, y nos confiesa:

[...] Si al principio me abrumaba la ciudad, el idioma que no hablaba y el estar lejos de mi familia, luego fueron los gritos de la bebé, la sensación de que todo dependía de mí, la tristeza que no terminaba de salirse del útero. Me quedaba mirando la cuna y lloraba sin poder parar. Había días en los que me quería morir, o deseaba que Sandy no existiera. Pero me arrepentía de pensarlo en el mismo instante. Cuántas mujeres con hijos había en el mundo que sobrevivían con menos recursos y más problemas que los míos, me echaba en cara mi suegra cuando me visitaba. Mala madre, decía sin decirlo. (Blum, *Cuando Dios* 60)

Un día llega a casa de la chica un predicador a vender biblias, ella se encontraba dándole un baño a la bebé después de haberle dado de comer, la niña ya casi se sentaba sola. Después de mucho tiempo, la madre se siente escuchada. Mientras conversaban con el vendedor, la niña jugaba con su patito y hacía chapoteos. De pronto, un silencio ensordecedor se apodera del ambiente,

interrumpiendo la charla. La madre corre para ver a la bebé, a la que encuentra boca abajo ahogada en la bañera.

Liliana Blum emplea el silencio como motivo de horror, pero también como castigo. El silencio alerta a la madre de que algo ha pasado con la pequeña, al tiempo que ella misma desde hace tiempo vive en silencio las contradicciones emocionales que siente al estar en otro país siendo madre, no dominar el idioma local y estar lejos de su red de apoyo. Tiene como único pilar emocional a su marido, quien enfocado en su *PhD* le recrimina a su esposa no ser como las otras amas de casa que van de compras y disfrutan de dedicar su vida entera a la crianza de sus hijos.

Todo esto lo cuenta la protagonista desde el brumoso recuerdo de su maternidad, del que ahora solo conserva las estrías y el cruento desdén de su marido, “vas que vuelas para el manicomio” (55), “ya te volviste loca” (63), le dice. Desde hace tiempo la protagonista había desaparecido para su esposo, sin embargo, tras la muerte de la bebé, éste la culpa directamente a ella por no haber sido una buena madre, por no haber estado pendiente de su niña, y la condena al silencio.

Blum emplea la primera persona como un recurso que le da la posibilidad de exponer a profundidad las motivaciones subjetivas y los sentimientos del personaje de primera mano, sin que medie un juicio, este tono reflexivo y a la vez confesional nos presenta a una mujer que habla desde el limbo al que fue condenada.

El silencio también está presente en el cuento “La maldición de Eva”, donde el personaje principal, la chica en labores de parto, es silenciada por medio de los lugares comunes que profieren los presentes en el parto y la prospectiva del castigo bíblico. Ella no tiene voz: solo se limita a pujar, gritar y desmayarse del dolor. El único momento en que el narrador le presta voz, es para contar la profunda tristeza que siente al convertirse en madre y la culpa que experimenta por sentirse así: “[...] quisiera decirle a alguien, a quien fuera, a la enfermera más hostil o al muchacho que barre los pasillos del hospital, que está triste hasta el infinito, y que esto la hace

sentirse culpable” (51). De forma paralela, en “Cuando Dios tocó a mi puerta”, la protagonista nos cuenta cómo deseaba que su hijo no hubiera nacido, mientras una enorme culpa la inundaba por tener este sentimiento.

Ambas protagonistas están silenciadas por los discursos que sostienen la idea de “la buena madre” y “la mala madre”, al tiempo que en ambas historias el hombre apenas toma un papel ínfimo en el cuidado de los hijos, dejando todo el peso de lidiar con las distintas emociones, discursos, juicios de valor y crianza a la mujer, todo esto envuelto por la retórica del instinto materno. Blum les da voz a estas mujeres, ya sea por la fotografía grotesca de las creencias en torno a la mujer que está por parir, o por medio de contarnos una fatídica historia sobre el mutismo al que es condenada una mujer una vez que también es madre.

En la sociedad mexicana, el estereotipo de “la buena madre” y “la mala madre” sigue imperando, como si fueran los polos opuestos de una misma moneda. Los medios de comunicación no hacen sino reforzar esta narrativa, alabando a las mujeres que se ajustan al *rol* mientras que castigan a aquellas que se alejan de ese ideal. Estos estereotipos obligan a la mujer a querer ajustarse a unas expectativas poco realistas en su ejercicio como madre, el cual generalmente está demediado por la idea dicotómica respecto a la naturaleza y el cuerpo de la mujer:

[...] en la teología y en el lenguaje hay dos ideas que fluyen juntas: la primera señala que el cuerpo de la mujer es impuro, corrupto, receptáculo de descargas y hemorragias peligrosas para la masculinidad, fuente de contaminación física y espiritual, “instrumento del demonio”. En segundo lugar, la madre como mujer es benéfica, sagrada, pura, asexual, y nutricia [...] ambas ideas han arraigado profundamente en las mujeres [...] a fin de mantener estas dos nociones, cada una en su contradictoria pureza, la imaginación masculina ha debido dividir a las mujeres, para vernos y obligarnos a nosotras mismas a considerarnos polarizadas en buenas y malas, fértiles y estériles, puras o impuras. (Rich 37)



Las ficciones que nos presenta Blum visibilizan dos discursos que permean de manera silente el imaginario de la sociedad. En la “Maldición de Eva (tragedia en siete actos)”, el discurso del deber ser de una buena madre; en “Cuando Dios tocó a mi puerta”, el castigo al que está sometida una mujer por no ajustarse al *rol*. Pero también está la violencia con la que viven el nacimiento o la pérdida de un hijo, justificada por un discurso religioso y social que mediante estas figuras dicotómicas deja de lado a la madre real.

Los mandatos sociales delegan en el ideal materno la responsabilidad de amar y cuidar de sus hijos hasta que puedan valerse por sí mismos. No obstante, no es la misma educación que la madre le da a la mujer que al hombre, ni el grado de independencia que se le confiere a cada uno, y esto lo deja claro Blum en sus cuentos, mientras que a la chica de “La maldición de Eva (tragedia en siete actos)” se le pide aguantar dolores inconmensurables y seguir su destino de ser madre, al esposo de ésta se le trata como un bebé, recordemos que cuando la madre recién parida se da cuenta de la ausencia de su marido la suegra le dice: “le preparé de comer y lo dejé dormido” (52), el narrador omnisciente describe a la suegra como una “Yocasta rencorosa que no acepta que su hijo haya encontrado a otra” (52). Este lazo edípico también se deja ver en *Cuando Dios tocó a mi puerta* pues es entre recuerdos que la mujer nos cuenta una escena cotidiana entre ella y su suegra donde ésta le dice: “Mi hijo está acostumbrado a que lo atiendan bien, me decía cada vez que nos quedábamos a solas, y no voy a permitir que se malpase, así que aprendes a cocinar bien o voy a tener que ir todos los días a prepararle algo decente. Luego llegaba Rafael y creía que estábamos hablando de cosas de mujeres” (56).

Las madres de estas historias no cortan el lazo con sus hijos varones. Son mujeres que se siguen ajustando al *rol* de madre nutricia, como si de ellas siguiera dependiendo el alimento y los cuidados básicos. Aun cuando sus hijos son ya adultos y viven con sus parejas, con esta lógica de por medio, a la vista de la madre, sus esposas nunca serán suficientes para ellos.



Convertirse en madre por ser mujer, es una premisa que para muchas pareciera no estar a discusión, y no por la decisión férrea y consciente de serlo sino, por el contrario, porque ni siquiera se lo cuestionan. Lina Meruane emplea el espacio de la diatriba para hacer un lúcido análisis al respecto y en *Contra los hijos* expone:

Es como si de fondo, más allá de nosotras mismas, de nuestra posible resistencia, estuviera tocando un rayado disco demográfico, exigiendo, estimulando, en cada vuelta de manera extrañadamente acompasada, el seguir haciendo hijos. Este doble mecanismo explica, a no dudarlo, la ininterrumpida proeza de engendrar, parir, acunar y para siempre poseer un hijo [...] La compleja maquinaria se echa a andar en la infancia, con la muñeca de trapo [...] es esa imagen de la niña revolviendo la olla con su muñeca en los brazos que algunas mujeres adultas no alcanzan siquiera a plantearse si desean o no una muñeca de piel y carne. A muchas no llega a cruzárseles por la cabeza esta pregunta. Otras la evitan, a solas, porque intuyen que pudieran concluir que ese es un querer prestado o impuesto, un querer ajeno pero invencible al que sucumben. (Meruane 18)

Silenciar toda duda o reflexión sobre la decisión de querer ser o no madres es lo que estos sistemas buscan perpetuar, así como soterrar aquellas voces que desafían la presunta esencia femenina que las obliga a desear ser madres y, además, ser expertas en ello. En las dos historias que nos cuenta Blum, ambas protagonistas resultan sorprendidas por la maternidad, no fue algo que ellas eligieran, mucho menos que hubieran planeado, ser madre era una obligación que estaba implícita desde el momento en que se unieron en matrimonio.

Ese paso a la maternidad, sin tener en cuenta si se desea o las consecuencias que podría tener para la mujer, no puede considerarse una «elección pura y libre» [...]. Esta toma de decisiones pasiva o transición

«automática» de la no maternidad a la maternidad sin pensar en ello en absoluto y sin la menor discreción personal suele producirse cuando las normas se aceptan como vienen dadas, sin exigir investigación o reserva alguna, cuando están en todas partes y en ninguna a la vez de un modo tan invisible y encubierto que resulta casi imposible percatarse de ellas.[...] En el contexto de la maternidad una de las normas invisibles radica en que existe un curso natural de las cosas que las mujeres deberían seguir. (Donath 40)

Las ficciones que nos presenta Blum son incómodas, pero necesarias para aterrizar en acciones las distintas posibilidades que pueden abrirse al decirle que sí a la maternidad sin que medie ninguna reflexión. Esa distopía de la maternidad que aparece a manera del cumplimiento del mandato bíblico en “La maldición de Eva” es uno de tantos escenarios posibles, no todo está dicho, de esta forma Blum concluye la historia como sigue:

[...] Ella no lo sabe, no puede adivinar el futuro que se avecina, discreto, como un maremoto. Ahora la sorprende una lágrima de emoción cuando su bebé la mira a los ojos y la diminuta mano sostiene su dedo pulgar, y ella, madre estrenada, se da cuenta de que, en ese instante, nada más importa. (53)

Visibilizar los claroscuros de la maternidad y terminar con el vínculo entre el valor de las mujeres y su capacidad de engendrar hijos es fundamental, así como comprender las maneras en que la procreación responde a diversos factores de cada época. Analizar estas fuerzas y motivaciones nos lleva a cuestionar aquellas acciones, discursos e ideales sobre la maternidad y buscar modelos más asequibles para su ejercicio:

Al contrario del mito de la perfección, “fracasar es parte de la tarea de ser madre”. Sin embargo, esta posibilidad ha sido negada en las visiones idealizadas y estereotipadas de la maternidad. El mito de la madre perfecta, de hecho, solo sirve para culpabilizar y estigmatizar a las mujeres que se alejan de él. Las madres son consideradas fuente de creación, las que dan vida, pero también chivos expiatorios de los males del mundo cuando no responden a los cánones establecidos. (Vivas 10)

El peso que se deposita en la mujer respecto al fracaso de su ejercicio, así como llevar la encomienda de ser madre sin que haya de por medio una reflexión y un convencimiento de querer serlo, y contrario a esto, dejándose llevar por la retórica romántica e idealizada de la maternidad, solo aprieta más esta camisa de fuerza que deposita en la figura materna toda responsabilidad y alienta los juicios sobre su praxis.

Liliana Blum por medio de su narrativa abre el telón al espectáculo que como sociedad hemos convertido a la maternidad, por medio del entramado simbólico en que se le ha envuelto se justifican toda serie de violencias ejercidas sobre la mujer, violencias que se presentan de manera silente desde la más temprana infancia, buscando por medio de éstos adoptar y no poner en discusión el deseo de ser madres.

Nacer mujer en México implica desde la infancia una serie de violencias y riesgos que son solapados por un sistema que debilita el andamiaje y las redes de apoyo femeninas. Contraponer y poner en tensión ideas acerca de la mujer sola, la mala madre, la mujer fea, la madre desnaturalizada en contraste con las ideas de la mujer casada, la buena madre, la mujer bonita, la esencia femenina y el instinto materno, solo llevan a refrendar un discurso de opresión para las mismas mujeres.

Ser niña, ser mujer, ser madre o decidir no serlo no debería llevar el dolor, el silencio, la docilidad y la sumisión de forma inherente. Blum incomoda al lector con sus relatos porque les da cara y ubica dentro de la sociedad a los monstruos que el sistema ha alimentado y solapado.

“La última vez que abriste las piernas no te estabas quejando” (48) le dice el doctor a la chica en *La maldición de Eva (Tragedia en siete actos)*, esta es una frase que está tatuada en nuestro inconsciente social y que se repite en tono burlón para humillar a la mujer. De esta forma el parto sería el castigo bíblico por haber intentado en algún momento experimentar con su sexualidad, pues recordemos que la chica que está pariendo es una mujer de veinte años, y contrario al placer al que se presume se entregó, Blum nos cuenta:

En verdad que nunca se hubiera entregado con tanta despreocupación a la promesa de un orgasmo si alguien le hubiese advertido todo lo que vendría. Porque aquello fue, simplemente, una promesa. En otras palabras, un zíper bajado con premura, un levantamiento de falda, un zangoloteo torpe y un lo-siento-casi-siempre-duro-más-no-sé-qué-me-pasa-hoy. Y ahora esto. (46)

En el caso de la protagonista, la falta de información sobre la prevención del embarazo la llevó a experimentar con su cuerpo sin tomar precauciones, y sin tener claras las consecuencias. A la chica no le queda otra opción que ser madre, porque en nuestra cultura culpígena, no era opción haber recurrido a otro método para evitar el embarazo. Para rematar con el castigo bíblico, la madre le deja claro a la chica que está inscrito en su destino de ser mujer y esposa, parir no uno, sino varios hijos, una consigna que termina por hundir a la mujer en un *rol* de madre que no deseaba:

La figura de la madre parece estar atrapada en la espesa telaraña del registro imaginario, ya que la confusión entre la actividad que realiza y la persona real que la ejecuta suprime la distancia necesaria donde pueda instalarse ese elemento trascendente que permitiría la relación simbólica entre ella y su hijo. Esta confusión se promueve a partir de las distintas

representaciones y creencias con respecto a la maternidad como una cuestión vinculada irremediable y directamente con las mujeres, ya que al considerarlas a éstas como el referente en lo real de una función simbólica, se materializa y se sustancializa a la maternidad sobre la base del esquema de género. (Palomar, *Los entretelones* 313)

Separar a la mujer de este imaginario, disociar y comprender que no todas las mujeres deben, quieren y pueden ser madres, y comenzar a destejer esta red simbólica partiendo de presupuestos de igualdad de género es imperante en nuestra sociedad.

La maternidad y su ejercicio tienen desde los más oscuros matices hasta los más luminosos “Mis hijos me causan el sufrimiento más exquisito que haya experimentado alguna vez. Se trata del sufrimiento de la ambivalencia: La alternativa mortal entre el resentimiento amargo y los nervios de punta, y entre la gratificación plena de la felicidad y la ternura.”, dice Andrienne Rich en su texto *Nacida de Mujer* (23).

Dejar que la mujer exponga sin escandalizarnos de ello que no siempre todo es perfecto y dejar de lado las amarras de “la buena madre” y “la mala madre” llevaría a que como sociedad nos cuestionáramos cómo de forma silente la experiencia de la maternidad hoy en día sigue siendo mediada por la violencia y la culpa y que es urgente darle voz a madres reales y falibles.

Jazmina Barrera en *Linea Negra* (2020) a manera de diario relata su experiencia de embarazo y dice al enterarse de que está esperando a su bebé “Durante el camino de vuelta a casa, en medio de la sorpresa, la emoción y el desconcierto pensé de pronto: nunca más voy a estar sola. No de verdad. Sentí horror y alegría.” (Barrera 7)

Este horror y alegría y todo el espectro de sentimientos que van de por medio es lo que las narradoras, ensayistas y directoras buscan visibilizar, hablarlos y normalizar en sus obras. Alzar la voz es básico para comenzar a cambiar esta retórica que impide el libre ejercicio de ser mujeres con todo lo que ello implica y



hacerse presentes en la ficción y en el ensayo para empezar a dibujar una cartografía de mujeres que hablan de su experiencia de maternar o de decidir no hacerlo y romper el silencio al que las inercias sociales parecen confinar a la madre.

“Con frecuencia hay que dejar atrás las casas tomadas por fuerzas invisibles (por normalizadas) del patriarcado: esos lugares donde la desigualdad es estructural y el silencio el cemento con el que se conservan en pie” (Rivera 164). Es menester romper con estas inercias que siguen arrastrando consigo ideas inoperantes que fosilizan premisas sobre la naturaleza de la mujer, creencias que se transmiten a través de una educación emocional y religiosa que infantilizan el proceso de ser madre, castigan la capacidad de decisión de la mujer y los sentimientos contrarios a la felicidad que debe sentir toda mujer al ser madre.

La maternidad es política, afirma Andrea Fuentes en *Mucha madre*: “La maternidad es furia, rabia y “cólera”, implica dimensiones del poder, de lo emocional y de lo traumático que no son bien vistas. Es teoría y praxis a la vez, es una política de la imaginación” (Fuentes 21).

Esta política de la imaginación implica dar voz a las mujeres silenciadas por no ajustarse al canon, tejer y destejer nuevas posibilidades y lugares de enunciación del género. Demanda replantear y reimaginar la maternidad como una práctica en constante reinención que no esté mediada por los estereotipos reconociendo en todo momento que imaginar es una tarea colectiva y requiere de diversas voces y aproximaciones.

La mujer vista por la mujer, ya sea desde el ensayo, la ficción literaria, o cinematográfica es una forma de reescribir este imaginario, de desafiar y crear nuevos horizontes de posibilidades. La representación de la mujer a través de ella misma tiene gran importancia en la lucha por la igualdad, pues al desafiar y criticar los estereotipos de la maternidad se derriban los creados, abriéndose un espacio para que las mujeres puedan en su libre ejercicio de la maternidad explorar y afirmar su identidad y su lugar en el mundo.

La maternidad ha sido un tema recurrente en la narrativa de Blum, los cuentos que se retomaron para este análisis fueron los primeros trabajos que realizó antes de empezar a publicar otra serie de libros de cuentos y novelas que exploran esas obsesiones que presenta en sus primeras historias, de tal suerte que, en estos primeros libros ya se atisban los temas que serán recurrentes en su narrativa como la maternidad, tema que dicho sea de paso, fue el primero del que se valió para incursionar en su carrera literaria.

En el libro *Vidas de Catálogo*, de donde se desprende el cuento *Cuando Dios tocó a mi puerta*, están ya algunos de los arquetipos que son trabajados posteriormente por Blum: el pedófilo presente en el cuento *Zapatos de Periquita* o la mujer que sufre de enanismo en el cuento *La señorita de Avon*, ambos temas y motivos son retomados y explorados hasta sus últimas consecuencias en la novela *El Monstruo Pentápodo* (2019).

La mujer que no conoce límites y está dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de agradar al hombre y ser vista y amada por él, como ocurre en *Pandora*, Tusquets (2015), es otro de los temas que permea fuertemente su obra. Blum explora los límites del cuerpo femenino y sus posibilidades, pero también cuestiona la mirada masculina y su influencia en la autoimagen de la mujer.

Blum ha sabido poner en la mesa temas incómodos que no dejan indiferente al lector. Cada palabra puesta en el lugar preciso toma otro cariz, en “La maldición de Eva”, por ejemplo, emplea muchos lugares comunes que hemos escuchado proferir de la boca de hombres y mujeres que repiten esta serie de comentarios violentos y machistas de forma airada y sin el mayor remordimiento.

La autora coloca estas palabras en el momento correcto, abre el telón de lo cotidiano e invita al lector a ver y a reconocer en las acciones de sus personajes su propio entorno e idiosincrasia que por mucha distancia que se quiera tener, es inevitable reconocerse como sociedad. Su obra es valiente, confronta al lector con sus creencias, lo hace voltear a sus alrededores y desvela las violencias invisibles y silentes que están presentes en el sistema social, que existen aun cuando parezca que no tienen cara y voz.



“La maternidad como el amor y la muerte solo se conocen a través de la experiencia” (Espejo 13), estas experiencias universales definen nuestra existencia como seres humanos y son la materia prima de la que toma sus recursos la literatura, reflejando por medio de personajes, tramas y situaciones lo complejo de la condición humana. Blum traslada el amor, la muerte y la maternidad a la vida cotidiana, mostrando lo ordinario y único de estas experiencias, y cómo la maternidad no es un proceso estático, es un continuo espacio de reinención de las relaciones filiales y de poder, pero es necesario escuchar distintas voces de su ejercicio, desde las marginales a las oficiales y reconocer en la naturaleza de la maternidad el entramado simbólico del que están conformadas para poder repensarla.

A manera de conclusión, se puede determinar que el silencio de las mujeres involucradas en el ejercicio de la maternidad no solo fortalece, sino hace más visibles los estereotipos dicotómicos que perpetúan el *rol* de la “buena” y “mala madre”. El silencio, como motivo de horror, está presente no solo como recurso dramático en los cuentos “La maldición de Eva” y “Cuando Dios llamó a mi puerta”, sino como una verdadera amenaza que permea y llena los vacíos de una sociedad que requiere voces disidentes que amplíen y hagan asequible el ejercicio de la maternidad, de ser mujer, y de ser niña, con la libertad y la serie de claroscuros que esto conlleva. Blum en su universo ficticio presenta un espejo en el cual se pueden ver reflejadas los discursos a los que se somete el ejercicio de la maternidad y que están contruidos desde el silencio, la vergüenza, la docilidad, la culpa y el miedo.

Por medio de este análisis de los cuentos de Blum y de la incorporación de las voces de autoras que reflexionan sobre su decisión de ser o no madres, se ha presentado un panorama más amplio y matizado en torno a las experiencias maternas subrayando la imperativa necesidad de visibilizar las violencias asociadas a esta elección, justificadas por la religión y los roles familiares.

Desdramatizar, destituir los estigmas culpígenos y priorizar una cultura de reflexión, libertad y respeto significa adentrarse en una narrativa que, al enunciarse, se transforma, entrelaza y desentraña un intrincado tejido de saberes, ternura y miedo. Conlleva reconocer que la maternidad abarca también momentos de soledad, silencio y tristeza, implicando enfrentar el duelo asociado a la pérdida de la identidad individual y atravesar el proceso de reinventarse. Es aceptar nuestra finitud y mortalidad, ser acechados por el miedo de que al dar vida también se puede experimentar la realidad de la muerte.

### Bibliografía

- Alarcón, Javier Ignacio. “Una escritora de temas complejos. Entrevista a Liliana Blum.” *Contrapunto*, 13 de enero de 2020, <https://revistacontrapunto.com/una-escritora-de-temas-complejos-entrevista-a-liliana-blum/>.
- Barrera, Jazmina. *Línea nigra*. Almadía, 2020.
- Blum, Liliana. *El monstruo pentápedo*. Tusquets Editores, 2017.
- \_\_\_\_\_. *Pandora*. Tusquets Editores, 2015.
- \_\_\_\_\_. “La maldición de Eva (tragedia en siete actos).” *Atrapados en la madre*. Beatriz Espejo y Ethel Kolteniuk, coordinadoras. Alfaguara, 2006, pp. 47-54.
- \_\_\_\_\_. *Vidas de Catálogo*. Fondo Editorial Tierra Adentro, 2007.
- Vivas, Esther. *Mamá desobediente, una mirada femenina a la maternidad*. 8th ed., Capital Swing, 2019, [https://es.scribd.com/read/404238150/Mama-desobediente#\\_search-menu\\_974252](https://es.scribd.com/read/404238150/Mama-desobediente#_search-menu_974252).
- Donath, Orna. *Madres arrepentidas una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. Reservoir Books, 2017, [https://play.google.com/books/reader?id=kn-IDAAAQBAJ&pg=GBS.PT291.w.0.0.244.0.2\\_108](https://play.google.com/books/reader?id=kn-IDAAAQBAJ&pg=GBS.PT291.w.0.0.244.0.2_108)
- Fuentes, Andrea. “Una Barca que navega: subvertir y reinventar.” *Mucha madre*. Andrea Fuentes, coordinadora. Almadía, 2021, pp.10-23.
- Palomar, Cristina. “Malas madres: la construcción social de la maternidad.” *Debate Feminista*, Vol. 30, 1 octubre, 2004, pp.12-34.
- \_\_\_\_\_. “Maternidad: Historia y Cultura.” *Revista de Estudios de Género La ventana*, No. 22, 2005, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México, pp. 35-67.



\_\_\_\_\_. y Suárez de Garay, María Eugenia. "Los entretelones de la maternidad. A la luz de las mujeres filicidas." *Estudios Sociológicos*, Vol. XXV, No. 74, 2007, pp. 309-340.

Rich, Adrienne. *Nacida de mujer la crisis de la maternidad como institución y como experiencia*. Noguer, 1978.

Rivera, Cristina. "La primera persona del plural". *Tsunami*. Gabriela Jauregui, editora. Sexto piso, 2019, pp.159-173.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).